



RAFAEL MARTÍNEZ CAMPILLO

Las tribulaciones de la opinión pública

Las tribulaciones de un profesional de la comunicación atrapado en una situación, al menos, de dudosa interpretación, que ha aireado perfiles de su vida privada y probablemente lo ha marcado durante muchos años, nos sitúa ante el problema de la relación entre la intimidad personal y la opinión pública y publicada. Poca importancia debería darse al hecho concreto, aunque sí merece la pena detenerse a reflexionar sobre la conveniencia de que convengamos un deslinde entre lo que pertenece a la vida de cada uno y lo que puede ser objeto de conocimiento general.

Los datos reales en los que se mueven los medios de comunicación españoles no nos dan una idea de la verdadera capacidad de influencia que tiene el medio sobre el comportamiento de los ciudadanos. Así, España es uno de los países donde menos periódicos se vende y se lee, noventa y cuatro por cada mil habitantes, frente a los más de trescientos de los Países Bajos, Alemania, Dinamarca y Gran Bretaña, incluso en porcentaje de población somos el último país europeo, detrás de Grecia y Portugal, puesto que la difusión de nuestros medios de comunicación escritos sólo alcanzan al treinta por ciento de los ciudadanos. Justamente por la escasa acogida de los periódicos españoles en la población, España es el país europeo donde los periódicos necesitan para subsistir que su financiación proceda fundamentalmente de la publicidad comercial e institucional (77%) mientras que de la venta directa sólo se obtiene el 23% de los recursos. De los ocho periódicos de tirada nacional, los expertos consideran que sólo tienen posibilidades de subsistencia tres periódicos, aunque la capacidad de venta y penetración de los periódicos regionales se mantienen en una tendencia creciente.

La comunicación más poderosa se ejerce a través de la televisión y la radio, aunque su capacidad de influencia no está en proporción al número de oyentes o televidentes, en la medida en que los lectores de periódicos se considera que tienen una capacidad mayor para ser agentes de opinión, en proporción de uno a diez. Pero todos estos datos reales sobre el número de personas que compran, escuchan o ven los medios de comunicación, deben ponerse en relación con la verdadera credibilidad de los medios en la actividad económica, social y política de un país. El sociólogo Alain Minc ha definido que la alianza de los medios de comunicación, la opinión pública y los



jueces, se ha convertido en la verdadera trinidad del poder, siendo los medios de comunicación el actor decisivo. Sin embargo, no parece que el temor tenga que venir por el dominio que se busca de estos medios, tanto como la incapacidad que tenga la sociedad para reaccionar frente a la sacralización de lo publicado, lo oído o lo televisado. Es más, muchas personas intentan utilizar esos medios para dirimir sus controversias y sus pleitos, sean personales o políticos, de tal forma que es frecuente ver que la desesperación ante la tardanza de los procedimientos judiciales se resuelve con la exclamación de: «Si no me hacen caso, iré a la Prensa», o bien, hay otras muchas personas que buscan insistentemente airear sus intimidades y, a veces, hasta sus miserias en medio de la opinión pública. Por tanto, no se trata sólo de un problema de poder, concentración de medios y dominio financiero de la inmensa capacidad de influencia de los medios de comunicación, sino también de una sociedad que debe buscar sus propios límites para deslindar las fronteras siempre borrosas y movedizas entre el derecho a la intimidad de las personas y la libertad de expresión, así como el derecho a informar y ser informados frente a la capacidad de una sociedad de organizarse y

tener sus propios medios de contrapeso e influencia.

No es un problema sencillo ni lineal, sino que está repleto de derivadas complejas, donde no es posible que las leyes establezcan reglas claras, puesto que esto es imposible. En las sociedades libres y abiertas lo que importa es que exista la capacidad para la mayoría de influir en la opinión pública, frente a la tentación de que sólo lo hagan unos pocos y el aprendizaje permanente de la ética, que Max Weber definiría como ética de la responsabilidad, que se basa en la evaluación de las consecuencias de las propias acciones.

El problema que se le plantea al profesional que hoy está en apuros, cuando mucha gente ve complacida cómo está sufriendo en sus propias carnes lo que algunos practican con los demás, es una cuestión social que no puede tener salida por la vía de la venganza, sino exclusivamente por el de la ética individual y colectiva. Y aplicando el principio de que no quieras para ti..., recordar que los clásicos ya advertían que no hay nada más miserable que el hombre que anda dando vueltas en círculo a todo, e investiga «las profundidades de la tierra», e indaga mediante conjeturas lo que hay en las almas de sus vecinos, sin darse cuenta de que le basta estar consigo mismo.



JULIO SIERRA

La leyenda de la Cenicienta verde

En una de esas películas norteamericanas de entretenimiento que ofrece Renfe a bordo de sus trenes para que el viajero que va a Irún se imagine que se dirige a Oklahoma, un joven presidente norteamericano, viudo precoz, se prenda vehementemente de una ecologista que tiene por costumbre reventar las ruedas de prensa con sus razonables exigencias. La ecologista, convertida ya en primera dama del gran país, resulta ser una excelente "copresidenta" cuya principal habilidad consistiría en demostrar que una joven ecologista también es apta para los grandes salones por muy antinuclear que se nos presente en un principio.

No se por qué, pero desde el contundente paso de Jacqueline Kennedy por la Casa Blanca, el cine y la vida realmente existente rivalizan por modelar esa presidenta consorte que ya no sea sólo reposo y paño de lágrimas del titular del puesto. Bill Clinton ha acabado siendo ese candidato a la reelección que acompaña a Hillary, y Ana Botella empieza a despuntar como esa señora de tendencia hillaryana que va haciendo sus piruetas, como decir que aquí ya se acabó el sobresalto y la crispación y que su marido tiene correa para rato.

El papel de la mujer sin apoyaturas matrimoniales se ha vuelto tan determinante para Clinton y la infatigable Hillary que seguramente lo que venga después del día 5 no será ya igual a lo anterior. Las mujeres norteamericanas decidirán esta vez quién ocupará la Casa Blanca estos cuatro años que nos separan del nuevo siglo y próximo milenio. Clinton saca veinte puntos al voluntarioso Dole, que, encima de no saber a veces a qué auditorio se dirige ni dónde se va a caer, ha descuidado el apartado de las madres divorciadas que acompañan a sus hijos al partido de fútbol y encima se meten en líos sociales y votan a Clinton, más que nada porque lo otro es una pasada. Hay que estar ciego para no haberse dado cuenta de lo de las madres del fútbol, que lo dejan todo y aparecen en la cancha a seguir los progresos de sus muchachos. Ellos, los ex maridos, prefieren tener la fiesta en paz, dinero fresco y seguro y mucho al pan, pan. Por eso votan al republicano Dole, que promete arreglarlo todo con un alcance dudoso.

Aseguran las estadísticas que corren por la UE que las empresas dirigidas por mujeres son doblemente rentables respecto a las encabezadas por varones. No me parece buena óptica aquella que distrae la mirada en direcciones tan divergentes, pero al menos habrá que saludar ese crecimiento contable y evitar toda animadversión, que dice la contortada radiofónica Curri Valenzuela al referirse a la legítima rivalidad entre sexos.

Habría que conseguir finalmente algún tipo de concordancia para evitar que ellas se muevan por un lado y ellos por el contrario. Que las empresarias europeas consigan duplicar los beneficios de sus empresas respecto de las controladas por varones debería ser motivo de alegría para todos. Por no se qué extraña razón las brujas siempre son malas y los brujos listos. En cuanto pase lo de Clinton, habrá que ponerse a pensar para cambiar por lo menos el lenguaje. Si las mujeres norteamericanas consiguen esta vez una nueva forma de hacer política tendremos que felicitarnos todos. Como cuando otros marginados, los negros, lograron arrebatar el monopolio al hombre blanco en la vida pública norteamericana.



PEDRO CALVO HERNANDO

Una historia ridícula

La historia de la nueva casa de Julio Anguita es un tratado interminable de despropósitos. Da la impresión de que la historia ha sido diseñada por sus peores enemigos. A nadie en su sano juicio se le ocurre pedir al Ministerio del Interior que corra con los gastos de la vivienda de un líder político. Pero si es cierto que Juan Alberto Belloch les ofreció una ayuda para la seguridad pagada con fondos reservados, o que ahora nuevamente se les

había hecho la misma oferta, tampoco entiendo ni los remilgos ni las dignidades heridas. Entre todos hemos conseguido demonizar los fondos reservados, por el hecho de que en algunas ocasiones hayan sido utilizados de manera irregular o inadecuada. Es una necesidad olvidar que esos fondos se inventaron para luchar contra el terrorismo y el narcotráfico, fundamentalmente. Si Julio Anguita está amenazado por los terroristas, o si su partido no dispone del dinero suficiente para procurar la nece-

saria protección y seguridad, entonces el recurso a los fondos reservados no era ningún disparate, sino más bien una salida práctica. Aunque, naturalmente, ya me parece esperpéntico tener que estar hablando públicamente de estas cosas.

Ustedes recordarán el caso de aquel chalet de Manuel Fraga que resultó casi totalmente destruido por un atentado terrorista. El ministerio del Interior se hizo cargo, con fondos reservados, de la reconstrucción. Fueron 30 millones

de pesetas. Cuando el hecho fue conocido públicamente, me parece que no hubo tantas historias ni tanto escándalo. Pues no entiendo por qué ahora habría que ser diferente. En fin, todo se ha hecho con los pies, y el propio Anguita se ha revestido de una coraza de dignidad bastante ridícula, cuando de lo que se trataba era de ayudarlo. De ayudarlo a dotarse de los medios de seguridad frente al peligro terrorista, no de pagarle el alquiler de su nueva vivienda. Todo un puro disparate. Estamos apañados.